

JUAN LUIS GALLARDO

TRES REVOLUCIONES POPULARES

oo0oo

JUAN LUIS GALLARDO nació en Buenos Aires, es abogado, enseñó Historia Argentina en la Universidad Católica; profesor invitado de FASTA; columnista en La Prensa, La Nueva Provincia y la revista Confirmado; autor de 41 libros que incluyen novelas, cuentos, poesía, historia, crónicas de viaje; obtuvo la Cruz de Plata Esquiú, el premio Santa Clara de Asis y la estatuilla Leonardo Castellani. Pertenece a la Academia del Plata, a la Academia Provincial de Ciencias y Artes de San Isidro y a la Junta de Historia Eclesiástica Argentina.

DEDICATORIA

A Rosario García O'Neill, mi mujer española,
con intención de informarle sobre algunos
entresijos de la Historia argentina.

PRESENTACIÓN ACASO OCIOSA

Las tres revoluciones de las cuales me ocupo en estas páginas, no obstante estar separadas por lapsos incluso apreciables presentan varios aspectos que las vinculan, oficiando de común denominador entre ellas. Consisten los mismos en la participación popular que las distingue, en su carácter nacional y en cierta atractiva espontaneidad que cabe advertir a su respecto.

Hay dos de esos aspectos que requieren aclaraciones. Respecto al primero, quiero señalar que, cuando aquí hablo de lo popular, no me estoy refiriendo al llamado *populismo* sino a la presencia en los sucesos del pueblo llano, impulsado por el saludable instinto que posee en materia política, lo cual nada tiene que ver con las estrategias encaminadas a adularlo y servirse de él.

El otro aspecto apunta al carácter *nacional* de dichas revoluciones. Que, aunque no sea fácil definirlo, creo que todos sabemos de qué se trata: entre otras cosas, digamos, en preferir lo propio a lo ajeno; en inclinarse a favor de la práctica sobre la teoría y en coincidir respecto a que entre las responsabilidades de los gobernantes figura preservar la dignidad del país.

A algo así me refería yo en un soneto que escribí años atrás cuando, tratando de explicar lo que significa ser argentino, decía:

*Es advertir de pronto nuestra alma conmovida
al oír un galope que la tarde estremece
o aspirar un aroma de tierra humedecida
o al ver una bandera que en el aire se mece.*

Estas tres revoluciones, populares, nacionales y espontáneas, son *La Revolución de los Orilleros*, de abril del año 1811; *La Revolución de los*

Restauradores, de octubre del año 1833; y *La Revolución de los Descamisados*, también de octubre pero del año 1945.

Sólo un párrafo final vinculado con las revoluciones en general, de las cuales se abomina hoy día por considerar que el quiebre de la *normalidad institucional* constituye una de las mayores tragedias que pueda sufrir la República. Sobre el particular recuerdo, sin embargo, que nuestra independencia tuvo como primera etapa la Revolución de Mayo, impulsada desde el cuartel de Patricios. Recuerdo también que, a partir de la misma, fueron numerosas las acaecidas aquí, apareciendo como una constante en nuestra Historia y constituyendo a veces recurso oportuno para resolver situaciones políticas de difícil solución.

Sentadas estas precisiones, paso a ocuparme de las *Tres Revoluciones Populares* que inspiraron las páginas siguientes. Para redactar las cuales no tuve empacho en plagiarme, copiando sin asco páginas de mi libro *Crónica de Cinco Siglos* (Editorial Vórtice, 3ª. edición, Buenos Aires 2007).

J.L.G.

I

DOS LÍNEAS HISTÓRICAS

Desde el comienzo de su existencia autónoma, una clara línea divisoria parte políticamente en dos a la Argentina. Los bandos contrapuestos toman distintos nombres, sus integrantes varían pero, pese a ello, es posible distinguirlos, aflorando sus características a lo largo del devenir patrio.

Aunque pueden advertirse preludios de dicha división antes de 1810, comenzaré a considerarla desde el momento en que la instalación de la Primera Junta (la Segunda, para ser preciso) señaló que el país iniciaba un camino cuyo recorrido podría conducirlo a su Independencia.

A poco de quedar constituida la misma, en efecto, ya se registró en su seno la dicotomía aludida. Por un lado, una tendencia más bien conservadora, apegada a las tradiciones, recelosa de los cambios abruptos, pragmática, atenta a las realidades locales. Por otro, como su contrafigura, cierta inclinación por las novedades, teórica, con interés por las doctrinas importadas y que, de algún modo, refleja las inquietudes y los intereses del puerto. Encarnación de una de esas tendencias fue el teniente coronel Cornelio Saavedra, jefe del Regimiento de Patricios y presidente de la Junta. Adalid de la segunda, el abogado Mariano Moreno, secretario del organismo. Quienes pronto chocaron entre sí, como no podía ser de otro modo.

Explico en mi libro “Los Casos del Club Evaristo” (Editorial Vórtice, Buenos Aires, 2014): *Se atribuye a Moreno la autoría de un implacable Plan de Operaciones, sobre cuya existencia aún se discute. Consistiría el mismo en un proyecto tendiente a imponer la revolución a sangre y fuego, mediante el fusilamiento (o arcabuceo) de cualquier opositor y la cesión de la Isla Martín García a Inglaterra, para obtener su apoyo. La ejecución de Liniers, en Cabeza*

de Tigre, *habría sido consecuencia de la aplicación de dicho plan. Una copia del mismo fue hallada en el Archivo de Indias en 1826 pero, así como algunos sostienen su autenticidad, otros afirman que se trata de una falsificación literaria, preparada por un español al servicio de la corte de Portugal con intención de perjudicar a la Revolución de Mayo.*

No sé si formalmente existió el *Plan de Operaciones*. Pero sí sé que en varias oportunidades la Junta actuó como si existiera. Por lo pronto, con el fusilamiento de Liniers y sus compañeros, recién mencionado, y con el subsiguiente desempeño sangriento y sectario del Ejército del Norte impulsado por Castelli.

Es verdad que en dichas oportunidades la Junta procedió en conjunto, sin que Saavedra planteara disidencias. Sin embargo, cabe advertir que tales actuaciones se corresponden mejor con el temperamento de su secretario que con el de su presidente. Cuyas diferencias tomarían estado público con motivo del famoso brindis de Atanasio Duarte, que diera pie al decreto de *Supresión de Honores*.

Aunque sea muy conocido, estimo conveniente repasar el incidente. Ocurrió que el 5 de diciembre de 1810 se festejaba en el cuartel de *Patricios* la victoria de *Suipacha*, primer éxito de las armas patriotas. Y ocurrió también que, en un momento dado, Moreno intentó sumarse al festejo, negándose el centinela a franquearle la entrada por tratarse de una reunión entre militares. Se identificó Moreno como secretario de la Junta, pero el centinela mantuvo su actitud.

Y fue en esa celebración cuando el capitán Atanasio Duarte, borracho, brindó por Saavedra y su mujer, allí presentes, declarándolos futuros monarcas de América. Siguiendo la broma, alguien arrancó de un pastel una corona de

azúcar que la adornaba y se la alcanzó a ella, que se la pasó a su marido y éste le devolvió.

Al día siguiente trasciende el asunto y Moreno, que se ha quedado con sangre en el ojo por la actitud del centinela, aprovecha para dirigir un ataque por elevación, dirigido contra Saavedra. Redacta un decreto quitando al presidente una serie de prerrogativas y prohibiendo *brindis, vivas o aclamaciones públicas a favor de individuos particulares de la Junta*. Establece asimismo que *ningún centinela impida la entrada en toda función o ocurrencia pública a los ciudadanos decentes que la pretendan* y privando a las esposas de funcionarios y militares del goce de distinciones correspondientes a sus maridos. Ordena el destierro de Duarte, a quien le es perdonada la vida por hallarse beodo al momento de su desafortunado brindis. Y concluye afirmando que ningún ciudadano, *ni ebrio ni dormido*, podrá manifestarse contra la libertad del país.

Saavedra procede con astucia. Sin darse por aludido ni oponer reparos firma el decreto y permite su publicación. La gente, que conoce el trasfondo del caso, reacciona a favor de Saavedra y contra Moreno, cuya pataleta lo deja en ridículo.

Caldeado así el ambiente, sobreviene otro acontecimiento que pone fin a la carrera política del secretario. Ya se hallan en Buenos Aires varios de los delegados elegidos en el interior para participar de un Congreso General que se está organizando. Los cuales, conforme a lo resuelto por la Junta, deberán incorporarse a ésta apenas lleguen. Sin embargo, se dan largas a la incorporación, que alterará totalmente la conformación del órgano supremo de gobierno y cuya influencia se descuenta adversa a las encendidas ideas jacobinas de Moreno. Saavedra, previsiblemente, es partidario de admitir con rapidez a los delegados, ampliando la Junta.

El 18 de diciembre se vota la cuestión, resolviéndose incorporar a los nuevos miembros y quedando así constituida la que se llamaría *Junta Grande*. Moreno, derrotado, renuncia a su cargo. Y se le asigna una imprecisa misión diplomática, muriendo a bordo de la fragata inglesa *Fama* que lo conduce a Brasil.

Moreno murió envenenado por un medicamento que le dio el capitán británico del buque y cabe suponer que se trató de un accidente, al excederse el marino en la dosis suministrada. El cadáver del fogoso ex secretario fue arrojado al mar envuelto en la bandera del Reino Unido. Y dicen que alguien, en la ocasión, exclamó: *¡se necesitó tanta agua para apagar tanto fuego!* Frase que parece pergeniada *a posteriori*.

Me he detenido en presentar esta primera manifestación explícita de la oposición entre las dos líneas que corren a lo largo de nuestra Historia, pues resulta muy gráfica para caracterizarlas. Y casi huelga aclarar que las *revoluciones populares* que paso a tratar se inscriben dentro de la que tuvo por protagonista a Cornelio Saavedra.

II LA REVOLUCIÓN DE LOS ORILLEROS

Pasada la medianoche del 5 al 6 de abril de 1811, comenzó a reunirse en la Plaza de la Victoria una multitud de jinetes que llegaba de las orillas porteñas. Nada dicen, nada explican, por el momento nada reclaman, reduciéndose a permanecer frente al cabildo, apenas iluminados por los pocos faroles de sebo del alumbrado público, que no alcanzan a disipar las tinieblas de una noche sin luna.

La plaza se va llenando y sólo alteran el silencio unas pocas frases dichas a media voz, el rodar de las coscojas y los resoplidos de algún montado.

¿Qué es lo que sucedía en el corazón de Buenos Aires aquella noche otoñal de 1811? Trataré de explicarlo brevemente.

Constituida la *Junta Grande* y ya muerto Moreno, la influencia de sus ideas no se ha extinguido. Por el contrario, permanecen vigorosas y son difundidas desde dos focos de irradiación: la *Sociedad Patriótica y Literaria* y el regimiento *La Estrella*, a cuyo frente se encuentra el coronel Domingo French.

La *Sociedad Patriótica* había nacido como un club de ideas jacobinas –de allí la denominación de *club*, que recuerda al que nucleaba esa tendencia en la Revolución Francesa-, seguidor del secretario de la Primera Junta. Son jóvenes, alumnos muchos de ellos del Colegio San Carlos y utilizan como distintivo una escarapela celeste y blanca. Sobre el particular apunta José María Rosa que es entonces cuando se empiezan a utilizar esos colores. Agrego yo que, según parece, las cintas distribuidas como contraseña el 25 de Mayo eran totalmente

blancas, con una oblea que mostraba el perfil de Fernando VII. Uno de los dirigentes de la *Sociedad* es Julián Álvarez, figura caracterizada de la masonería.

En cuanto a *La Estrella*, se trata del regimiento reacio a la autoridad de Saavedra y sostenedor de las ideas de Moreno.

La *Junta Grande* tambalea. Saavedra aparece indeciso en su conducción y el Deán Funes, transformado en principal referente de la misma, pese a ser un hombre hábil carece de la energía necesaria para manejar las cosas. A lo cual se suma la posibilidad de un ataque a Buenos Aires por parte Elío y el malestar ocasionado por la decisión de internar en Córdoba a 400 españoles solteros por razones de seguridad, dejada finalmente sin efecto a raíz de un petitorio promovido por la *Sociedad Patriótica* y bien recibido por el Cabildo que, conformado principalmente por porteños, es adverso a una Junta donde priman los provincianos.

A grandes rasgos, esta era la situación reinante en la ciudad cuando, la noche del 5 al 6 de abril, los silenciosos jinetes empezaron a convergir en la Plaza de la Victoria.

¿Quiénes son esos jinetes? Son *orilleros*, hombres de las orillas urbanas, modestos pero no miserables pues son dueños de sus humildes viviendas, de sus caballos, de los aperos que lucen éstos, que a veces incluyen alguna prenda de plata. Y no se trata de *vagos y mal entretenidos* pues cuentan con distintos conchabos para ganarse la vida: aguateros que transportan agua desde los toscales ribereños, reseros que manejan la hacienda traída al matadero,

encargados de encender el escaso alumbrado público, cuarteadores, lecheros, propietarios de pequeños despachos de bebidas donde también se expende yerba y galleta. Pero, sobre todo, como denominador común, todos ellos conforman los grupos encargados de mantener el orden en los arrabales, dependiendo de los *alcaldes suburbanos* para realizar rondas nocturnas que garantizan la tranquilidad del vecindario.

El movimiento ocurrido entre el 5 y el 6 de abril fue, como dije, un movimiento espontáneo. Pero la espontaneidad no implica que sus partícipes carecieran de jefaturas. Al menos dos caudillos cabe mencionar como conductores de los *orilleros* que poblaron la plaza esa lejana noche: Tomás Grijera y Joaquín Campana.

Cuenta Rosa que, según López, Grijera *era un vecino afincado que ejercía en sus pagos una especie de patriarcado bondadoso y responsable. Y lo describe con la figura característica de los hombres de las orillas: alto y delgado, de cabellos y barbas negras, de ojos benignos pero retraídos entre dos cejas bastante pobladas. Sus modos de hablar y sus conceptos, siempre graves y sentenciosos, revelaban el hábito que había contraído de resolver las contiendas de sus convecinos con máximas de moral y buena ley según las entendía.*

Pero, amén de lo expresado por Rosa, bastante más se puede decir respecto a Tomás Grijera. Hijo de un español, natural de Burgos, y de una criolla, se lo presenta como *el más destacado agricultor del siglo XIX en las Provincias Unidas*. Combatió en la Invasiones Inglesas y le fue otorgada una merced en la zona de Magdalena, nombrado el paraje como *Las Cañuelas*. También fue propietario de una gran extensión en Lomas de Zamora, conocida como

Estancia del Rey. Casado con Beatriz Margarita Casaballe y Durán, tuvieron 12 hijos.

Con fama de valiente, parece que se hallaba entre el público en ocasión de una corrida de toros realizada en Buenos Aires y, como el torero se mostraba vacilante ante el animal enfurecido, Grijera saltó a la arena, le quitó la espada al diestro y mató el toro, siendo ovacionado por la concurrencia. Se lo llamaba *El Alcalde de las Quintas*.

Apoyó la Revolución de Mayo, partidario y amigo de Saavedra el cabildo le encomendó organizar la vigilancia suburbana, desde Barracas a la Recoleta. Fue quien primero deslindó los solares de las afueras con cercos de tunas y, espíritu innovador, practicó injertos que se hicieron célebres obteniendo con ellos sandías sin semillas, nuevas variedades de rosas y un duraznero que llevó su nombre. Escribió un *Manual de Agricultura* y, mediante el fraccionamiento de *La Estancia del Rey*, dio origen a la localidad de Lomas de Zamora. Murió en su quinta el 24 de septiembre de 1829 y Clemente Onelli lo definió como *prócer del trabajo de campo en las Provincias Unidas del Río de la Plata*.

En cuanto al otro jefe de la *Revolución de los Orilleros* fue Joaquín Campana, nacido en Montevideo hacia 1783 e hijo de un inmigrante irlandés de apellido Campbell, que él castellanizó transformándolo en Campana. Combatió en la Reconquista de Buenos Aires a las órdenes de Álzaga y, luego, en la Defensa de 1807, formando parte del regimiento de Patricios, donde trabó estrecha relación con Saavedra. Se recibió de abogado en la Universidad de Córdoba y participó en el Cabildo Abierto del 22 de Mayo de 1810, votando por la deposición del Virrey Sobremonte. Luego de la revolución de abril del 11 y de las contingencias posteriores a la misma, se fue al Uruguay, designándosele allí miembro del Superior Tribunal de Justicia. Alguien dijo de él que tenía una cara

interesante, pero abundante y pobladas patillas. Murió en 1847, en Montevideo, y lleva su nombre una calle de Buenos Aires.

Presentados sus jefes, volvamos a la *Revolución de los Orilleros*. En la cual también tomaron parte otros alcaldes, como ser Juan Pedro Aguirre, Miguel Arellano, Rafael Ricardes y Fermín Tocornal.

Previo a marchar hacia la Plaza de la Victoria, hubo reuniones previas de jinetes en las afueras, que convocaron unos 1500 hombres. Refiriéndose a ellos y a las fuerzas militares afines, dijo un cronista vinculado con la *Sociedad Patriótica* que conformaron *una nueva alianza de charreteras y chiripás*.

Los militares que vieron con simpatía el alzamiento fueron Martín Rodríguez, jefe de los Húsares, Juan Antonio Pereyra, segundo de Saavedra en Patricios, Juan Ramón y Marcos Balcarce, Juan Bautista Bustos y Francisco Ortiz de Ocampo.

En cuanto al propio Saavedra, su participación en el movimiento apuntado a reforzar su autoridad no está clara. Él negó siempre, enfáticamente, haberlo propiciado. Mitre, crítico de la revolución, admite que Saavedra haya sido ajeno a ella. Sin embargo, no falta quien afirme lo contrario, atribuyéndole haberla impulsado bajo cuerda o, al menos, haberla visto con simpatía, cosa que parecería natural pues, al fin de cuentas, fue realizada en su apoyo y tanto Grijera como Campana no sólo fueron partidarios suyos sino que se consideraban sus amigos.

En todo caso, sin apoyo militar explícito, después de haberse reunido en distintos puntos de extramuros *los orilleros* se dirigieron al centro, coincidiendo frente al cabildo en las primeras horas de la madrugada. Ante tal concentración se alborotan los regidores y los miembros de la Junta, preguntándose sobre sus fines y propósitos. Vieytes, miembro de la Junta, interroga ásperamente a Grijera quien, sin alterarse, responde con pachorra: *El pueblo tiene que pedir cosas interesantes a la Patria*. Instado a explicar cuáles son esas cosas, dice que sólo habrá de comunicarlas al cabildo. Los *morenistas* de la Junta lo acorralan, tomando intervención Martín Rodríguez con sus húsares para exigir que los cabildantes se reúnan y escuchen los requerimientos del alcalde suburbano.

A las 3 de la mañana, los regidores se animan a dejar el Fuerte y atravesar la plaza, poblada de jinetes silenciosos. Una vez en la Sala Capitular, Campana entrega un petitorio de 17 puntos, advirtiéndole que el pueblo no se moverá de los lugares que ocupa hasta que sean satisfechas sus demandas.

En uno de esos puntos se expresaba que los jefes militares de la capital debían aprobar los pedidos, de modo que fueron citados y los suscribieron, salvo French que no se hizo presente. El cabildo convalidó el petitorio y lo elevó a la Junta.

En resumen, las exigencias de *los orilleros* eran las siguientes: expulsión de los europeos que no acreditasen su lealtad al gobierno; otorgamiento a Saavedra de la plenitud del mando político y militar; desaparición de la Junta; disolución del regimiento *La Estrella* y confinamiento de French; enjuiciar a Belgrano por las derrotas sufridas en la Expedición al Paraguay; formación de un *Tribunal de Seguridad Pública* y reparación de los cuarteles en que tienen su asiento las fuerzas de los alcaldes suburbanos.

La resistencia de Saavedra a conceder todas las exigencias de *los orilleros* determina que algunas de ellas sean atenuadas. La expulsión de los extranjeros es reemplazada por un impuesto; la disolución de la Junta se reduce al apartamiento de Vieytes, Azcuénaga, Larrea y Rodríguez Peña, que serían suplantados por Chiclana (que no aceptaría), Atanasio Gutiérrez, Juan Alagón y Joaquín Campana; en cuanto al enjuiciamiento de Belgrano, concluiría con su absolución, declarándose que se ha “conducido con un valor, celo y constancia dignos del reconocimiento de la patria”. El regimiento *La Estrella* es disuelto y confinados French, Beruti, Donado y Posadas, como así también los miembros de la Junta removidos de sus cargos.

La *Revolución de los Orilleros* triunfó y, con las modificaciones en su conformación impuesta por los alcaldes, la Junta inicia una política que responde a las convicciones de Campana.

Se trata de una política proteccionista, encaminada a fomentar las industrias del interior del país, en detrimento de la importación de mercaderías, británicas en su mayoría. Dentro de esa tónica, se prohibió la remisión de géneros ingleses tierra adentro, derogando franquicias otorgadas anteriormente por Moreno. También fue prohibida la venta de telas al menudeo por parte de extranjeros y se estableció un interés del 6% sobre las deudas por derechos de aduana que mantuvieran los importadores. Todo lo cual contrarió a Lord Strangford, embajador inglés en Río de Janeiro que, desde allí, maneja los intereses británicos en la región, quien resolvió jaquear a la Junta Grande controlada por Campana.

Así estaban las cosas cuando llegaron noticias de la derrota sufrida por el Ejército del Norte en Huaqui, donde Castelli llevaba a cabo una desafortunada política indigenista y antirreligiosa que desprestigió a las armas patriotas en el

Alto Perú, o sea en Bolivia. Para peor, a la derrota de Huaqui sigue la de Sipe y, más tarde, tiene lugar el segundo bombardeo a Buenos Aires realizado por buques españoles que, aunque no causa mayores daños, alarma a la población.

Saavedra se ha encaminado hacia el norte y la situación de Campana dentro de la Junta pasa a ser comprometida. Y, de yapa, Martín Rodríguez también está ausente, quedando así neutralizado el apoyo de los Húsares.

En agosto, buques realistas efectúan un segundo bombardeo a Buenos Aires, que tampoco tiene mayores efectos pero sobresalta a los porteños, de modo que la Junta acepta tratar con los representantes de Elío, instalado en Montevideo.

Las exigencias de los enviados resultan inaceptables. Pretenden, sencillamente, que las Provincias Unidas se reconozcan parte integrante de la monarquía española y manden diputados a las Cortes de Cádiz. Hay idas y vueltas, se convienen algunos aspectos preliminares, negociadores de la Junta se trasladan a Montevideo y regresan sin haber concretado nada. Los *morenistas* de la *Sociedad Patriótica* aprovechan la situación para atacar a Campana, cabeza de la posición apuntada a no ceder ante Elío y persistir en la política proteccionista que afecta a Inglaterra.

En septiembre deben elegirse los diputados por Buenos Aires que se agregarán a la Junta. Las desavenencias respecto a su designación derivan en la realización de un cabildo abierto que, dominado por los adversarios de Campana, resuelve deponer y aprisionar a éste y quitar de en medio a Saavedra, todavía ausente.

Campana es confinado en el *Fortín de Areco* y, realizadas las elecciones, se imponen los candidatos *morenistas*, que se suman al organismo. Éste, con su nueva configuración, resuelve formar en su seno una *Junta Ejecutiva* constituida por Chiclana, Passo y Sarratea que es conocida como *Primer Triunvirato* y que extendería el acta de defunción de la *Junta Grande*.

Liberado Campana años después, ya sabemos que se marchó al Uruguay donde llegó a formar parte del Superior Tribunal de Justicia.

Es esta la historia sucinta de *La Revolución de los Orilleros*, movimiento que expresó con claridad la adhesión popular a una de las dos líneas que dividen nuestra Historia desde los albores de la patria. Tendencia ésta que, como la revolución que nos ocupa, supo tanto de éxitos como de derrotas. Y que, con frecuencia, fue reflejo de una *alianza de charreteras y chiripás*, según definieron sus adversarios a la encabezada por Tomás Grijera y Joaquín Campana.

Capítulo III

LA REVOLUCIÓN DE LOS RESTAURADORES

En diciembre de 1832 había vencido el primer mandato de don Juan Manuel de Rosas como gobernador de la provincia de Buenos Aires. Por 29 votos contra 7 la Junta de Representantes decidió su reelección pero, pese a la reiteración del ofrecimiento, Rosas no lo aceptó. Probablemente porque el mismo no incluía el otorgamiento de las *facultades extraordinarias* que el Restaurador consideraba indispensables para gobernar en épocas difíciles. Consistían éstas en el ejercicio de las atribuciones del poder legislativo, además de las del ejecutivo, por parte del gobernador. Como así también el manejo de las Relaciones Exteriores de la Confederación, obtenido por delegación de las provincias. La diferencia entre las *facultades extraordinarias* y la *suma del poder público* radica en que la segunda incluye también el ejercicio del poder judicial. Ante la reiterada negativa del Restaurador, la Junta designó a Juan Ramón Balcarce.

Mandaba Balcarce cuando, en enero del 33, el capitán Onslow, comandante de la fragata británica *Clío*, se apoderó de las Islas Malvinas sin dar razón para explicar el atropello. En cuanto a Rosas, dos meses después emprendió la *Expedición al Desierto* que, unida a la efectuada por el general Roca en 1879, consolidaría el dominio de la República sobre 20.000 leguas de su territorio austral.

El de los malones realizados por indios araucanos, con su secuela de muertes, saqueos, incendios, captura de cautivas y arreos de hacienda hacia el otro lado de la cordillera, era uno de los grandes problemas que enfrentaba la Argentina. Y darle solución constituía una *Política de Estado* que a nadie se le hubiera ocurrido poner en tela de juicio, a despecho del *indigenismo* actualmente en boga.

Consecuente con tal convicción, Rosas resolvió llevar a cabo una amplia ofensiva, para castigar a los incursores en sus guaridas. Cosa que no se contradecía con las buenas relaciones que don Juan Manuel había mantenido habitualmente con los aborígenes, siempre y cuando se abstuvieran de sus depredaciones.

Las fuerzas expedicionarias se dividieron en tres columnas. Una, que partió de Mendoza al mando del *fraile* Aldao; otra, que lo hizo desde San Luis, a las órdenes de Ruiz Huidobro; y la tercera, dirigida por el propio Rosas, que salió desde la provincia de Buenos Aires. Facundo Quiroga comandaba en jefe la operación, nominalmente.

Aldao llegó hasta Limay Mahuida. Ruiz Huidobro, luego de vencer al cacique Yanquetruz en *Las Acollaradas*, alcanzó Leubucó. Y Rosas avanzó hasta el Río Colorado, donde instaló su cuartel general disponiendo se reconocieran los márgenes del Río Negro, se levantaran mapas de la zona y se estableciera un sistema de postas para permitir las comunicaciones con Buenos Aires. Creó asimismo nuevas guarniciones y reforzó varias de las existentes, logrando así el control del llamado *Camino de los Chilenos*, por donde las haciendas robadas en los malones llegaban hasta el país trasandino.

Instalado Rosas en su campamento de *Médano Redondo*, junto al Colorado, transcurría el gobierno de Balcarce con crecientes dificultades. Pues la opinión pública se dividió en dos bandos, cada vez más enconados entre sí: los partidarios del Restaurador, conocidos como *apostólicos*, y los federales que recelaban de él, apelados *lomos negros*. ¿Por qué *lomos negros*? Dicen que porque el reverso de las listas electorales donde figuraban sus candidatos era de

ese color. Yo presumo sin embargo que el apelativo obedecía a que se trataba de hombres de levita y a que éstas habitualmente eran negras.

En cuanto a los intereses políticos de don Juan Manuel, ausente él eran manejados por su mujer, Encarnación Ezcurra, dama de armas tomar y devota de su marido, a quien mantenía puntualmente informado sobre la marcha de los sucesos.

Dos elecciones realizadas por entonces terminaron tumultuosamente. Y se desató una guerra de prensa terriblemente virulenta. Estaban del lado de los *lomonegros* “El Constitucional”, “El látigo Republicano” y “Los Cueritos al Sol”; relativamente equidistantes eran “La Gaceta Mercantil” y “El Lucero”; mientras oficiaban de portavoces *apostólicos* “El Federal Restaurador” y “El Restaurador de las Leyes”.

Y ocurrió que un ministro de Balcarce, Ugarteche, dispuso que se enjuiciara a los directores de varios diarios por el tono escandaloso de los mismos, encomendando la acusación al fiscal Agrelo, enemigo declarado de Rosas.

Dirigía “El Restaurador de las Leyes” un tal Nicolás Mariño y, al día siguiente de ser citado, la ciudad apareció empapelada con un cartel donde, en letras rojas, se leía: *El Restaurador de las Leyes acusado por el fiscal Agrelo.*

Seguramente fue el propio Mariño el que jugó con el equívoco, pero lo cierto es que el pueblo, unánimemente rosista, supuso que el citado era don Juan Manuel en persona. Para peor por un fiscal con fama de unitario. Y ahí se armó la gorda. Una multitud se reunió en la Plaza de la Victoria (la misma que fuera escenario del encuentro de *los orilleros* y que sería teatro de la *Revolución de*

los Descamisados cuando ya se llamaba *Plaza de Mayo*) viviendo a Rosas. Después de hacerlo hasta el hartazgo, marchó hacia Barracas donde acampó.

A Barracas se la llamaba así por los depósitos de cueros y carne salada que se alzaban a orillas del Riachuelo, aposentándose también allí numerosas quintas de familias conocidas y la residencia del almirante Brown. Junto al río, a la sombra de los sauces, vino a instalarse la pueblada rosista, dispuesta a prolongar su protesta en apoyo de aquel a quien ya se había empezado a conocer como *Héroe del Desierto*, amén de *Restaurador de las Leyes*.

La ciudad se paralizó, como si se hubiera declarado una huelga general. Los negocios cerraron, se interrumpió el abastecimiento que llegaba del campo, cesó la matanza de reses destinadas al consumo, grupos cada vez más nutridos se daban cita en el improvisado campamento, donde reinaba gran animación, se comentaban los sucesos y sonaban las guitarras junto a los fogones bien provistos.

Rosas ha regresado del sur pero se mantiene al margen de los acontecimientos, en una estancia de Azul, aunque moviéndose a través de intermediarios entre los que figura su esposa en lugar destacado. El 12 de octubre Balcarce ordena al general Agustín Pinedo que disperse a los acampantes. No fue acertada la elección de Balcarce pues Pinedo, guerrero de la Independencia y adversario de Lavalle, era profundamente rosista. De manera que, según cabía prever, Pinedo conferenció con quienes acaudillaban a los *apostólicos* y se plegó a ellos. Su actitud fue imitada por el general Juan Izquierdo, que lo secundaba. El ministro Martínez se dirige a Rosas, pidiéndole que imponga orden. Pero Rosas ignora el pedido y se pronuncia a favor de los *apostólicos*.

Así las cosas, pasados varios días, consumidos muchos asados y entonadas repetidas milongas, cifras, estilos y cielitos en Barracas, Pinedo se dirige con sus tropas al centro de la ciudad, exigiendo la renuncia de Balcarce. Otra vez se ha producido la *alianza de chiripás y charreteras* en defensa de una causa popular. Cae Balcarce y es reemplazado por el general Viamonte.

El nombramiento de Viamonte dista de entusiasmar a los *apostólicos*, que conforman la *Sociedad Popular Restauradora*, a cuyo respecto parece oportuno arrimar algunos datos. En primer lugar, que pertenecer a ella no tenía nada de desdorado pues sus miembros eran personas distinguidas, contándose entre ellas Simón Pereyra, Miguel de Riglos, Martín Iraola, José Oromí, Eduardo Lahite, Lorenzo y Eustaquio Torres, Eusebio Medrano, Francisco Sáenz Valiente, Saturnino Unzué, Francisco Obarrio, Carlos Naón, Miguel Quirno, Rufino Basalvilbaso, Ángel Casares, Manuel Argerich, Juan Victorica y otros, federales todos. En segundo término, conviene señalar que, estrictamente, *La Sociedad Popular Restauradora* no era *La Mazorca*, aunque ésta dependía de aquélla y tenía a su cargo las funciones de vigilancia que la hicieron célebre, actuando luego como policía de Rosas, temible y temida. *Mazorqueros* fueron Ciriaco Cuitiño, Andrés Parra, Leandro Alen –padre de Leandro N. Alem- y Cirilo José Moreira, padre de Juan Moreira.

Falto de apoyo, Viamonte renuncia en junio de 1834. Y la legislatura elige a Rosas por unanimidad. El cual, nuevamente, declina la oferta aunque, esta vez, incluya las *facultades extraordinarias*. Cuatro veces es elegido y cuatro veces rechaza el cargo de gobernador. De modo que la Legislatura elige a su propio presidente, José Vicente Maza, que se limitará a firmar el despacho y a dar trámite a los asuntos urgentes.

Es este el fin de la *Revolución de los Restauradores*, victoriosa al fin de cuentas, como la de los *Orilleros*. Pero cuyo éxito sería más duradero que el de la encabezada por Grijera y Campana pues, con motivo de la conmoción causada por el asesinato de Facundo Quiroga en Barranca Yaco, Rosas volvería al gobierno en 1835 con la *suma del poder público*, cumpliéndose así los deseos de los acampados en Barracas.

Capítulo IV

LA REVOLUCIÓN DE LOS DESCAMISADOS

El pronunciamiento militar ocurrido en junio de 1943 tuvo varios motivos. Entre otros evitar la previsible elección de don Robustiano Patrón Costas para dirigir la República, pues hubiera determinado el abandono de la postura neutral que sostenía el presidente Castillo respecto a la Segunda Guerra, ya que eran conocidas las simpatías de Patrón Costas por los aliados.

En ancas de ese pronunciamiento llegó un sonriente coronel que iniciaba así, tardíamente, una notable carrera política: Juan Domingo Perón. Había nacido en Lobos –algunos dicen que en Roque Pérez- el 8 de octubre de 1895, fue profesor de la Escuela de Guerra, escribió libros sobre temas castrenses y un diccionario de la lengua araucana, observó en Europa el desarrollo de los movimientos nacionalistas de la primera post guerra y, viudo de Aurelia Tizón, no tenía hijos. Pronto conocería a María Eva Duarte, una actriz con la cual se casaría finalmente.

Factor fundamental en el movimiento del 43 fue el GOU, logia militar cuya sigla obedeció a sucesivas denominaciones (Grupo de Oficiales Unidos, Grupo de Organización y Unificación, Grupo Obra de Unificación) siendo Perón uno de sus principales referentes. Entre los miembros de la logia se contaban, además de Perón, el general Farrell, los coroneles Pedro Pablo y Emilio Ramírez, los tenientes coroneles Mercante, Lagos, de la Vega y Ladvocat, los mayores Bengoa y Villagrán, los capitanes Filipi y Arias Duval. El GOU era firme partidario de mantener la neutralidad con relación a la guerra, pese a que el trámite de la misma empezaba a inclinarse hacia los aliados después de ingresar en ella los Estados Unidos.

Victoriosa la revolución, el general Rawson se aprestó a asumir la presidencia del país. Pero no cayeron bien los nombres de algunos de sus futuros ministros. Para peor, anunció que el 8 de junio rompería relaciones con el Eje. Cosa que no llegó a hacer pues fue relevado el 7, antes de jurar el cargo. Su lugar lo ocupó Pedro Pablo Ramírez, ascendido a general y sostenido por el GOU. Vicepresidente fue el almirante Sabá Sueyro.

Las primeras medidas del gobierno revolucionario resultaron drásticas: disolvió el Congreso, intervino las provincias, anuló el llamado a elecciones, mantuvo el Estado de Sitio, ya dictado por Castillo, y sometió la administración pública a una suerte de ocupación militar.

En octubre muere el vicepresidente Sabá Sueyro y lo reemplaza el general Edelmiro J. Farrell, quien conserva la cartera de Guerra y tiene como segundo a Perón. Que despliega una actividad infatigable y se ha transformado en el *hombre fuerte* del GOU.

Farrell coloca al escritor católico Gustavo Martínez Zuviría –Hugo Wast- al frente del ministerio de Justicia e Instrucción Pública, el cual designa al doctor José Ignacio Olmedo, otro católico eminente, para presidir el Consejo Nacional de Educación. Se establece la enseñanza religiosa en las escuelas.

A todo esto, Perón logra que se lo nombre titular del Departamento Nacional de Trabajo, reteniendo la secretaría de Guerra. Llamó la atención su interés en dirigir esa repartición, pues se trata de un organismo de escaso relieve que tiene por cometido confeccionar estadísticas y decidir en los conflictos laborales que se sometían a su decisión. Pero Perón, perspicaz, sabía bien lo que hacía. Procuraré explicarlo sucintamente.

La afiliación gremial era optativa por entonces. Y la representación de los obreros estaba a cargo de 4 confederaciones, dominadas por socialistas, comunistas y anarquistas. O sea que el movimiento obrero, con escasos afiliados, estaba totalmente en manos de la izquierda.

A ello hay que agregar que el aislamiento respecto a los países industrializados, derivado de la guerra, tuvo como consecuencia la aparición de una incipiente industria nacional. Y, como los sueldos que se pagaban en las fábricas superaban los abonados por otros trabajos, se inicia una sostenida migración desde el interior hacia las grandes ciudades que cuentan con aquéllas. Van llegando así los llamados *cabecitas negras*, que se instalan precariamente en los arrabales urbanos y que constituirán la columna vertebral del peronismo.

La acción del dinámico coronel pronto se hace sentir. El Departamento que dirige es elevado de rango y pasa a ser la Secretaría de Trabajo y Previsión. Aumenta considerablemente el número de obreros sindicados. Las 4 confederaciones existentes se reúnen en una sola, de creciente gravitación. Se crea el fuero laboral, se organiza el sistema jubilatorio y comienzan a firmarse convenciones colectivas de trabajo.

Pero, sobre todo, va cambiando la orientación de la dirigencia gremial. La Secretaría, llamada a resolver cuál es la organización más representativa en la actividad respectiva, se encarga de que vayan desapareciendo las direcciones izquierdistas para ser reemplazadas por otras, ya *peronistas*, de orientación nacionalista.

Por esas fechas, la derrota del Eje aparece como indefectible. Los Estados Unidos intensifican su presión sobre el gobierno, procurando alinearlos detrás suyo mediante la ruptura de relaciones con Alemania, Italia y Japón. Perón

impulsa la decisión de ceder, argumentando que “hay que avanzar con la marea para no quedar en seco”. Finalmente se rompen relaciones y corren rumores de que Ramírez llegará a la declaración de guerra. Perón actúa con audacia y, mediante una voltereta sorprendente, pese a estar ampliamente involucrado en la decisión de romper relaciones, exige la renuncia de quienes la han consumado. La noche del 24 de febrero del 45 los jefes de las guarniciones próximas a Buenos Aires exigen la salida de Ramírez y Farrell asume la presidencia. Detrás de él crece la figura de Perón, que es ministro de Guerra, ocupando la plaza dejada por Farrell. Martínez Zuviría y Olmedo han renunciado a sus puestos.

El 27 de marzo la Argentina declara la guerra al Eje, adoptando una actitud decididamente poco elegante pues éste está derrotado. El 7 de mayo capitula Alemania.

Pese a su tardía declaración de guerra, el triunfo de los aliados torna cada vez más difícil la situación del gobierno argentino en general y de Perón en particular, calificados como “nazis” desde los Estados Unidos y desde la oposición interna, que crece cada día. El 9 de mayo llega el nuevo embajador norteamericano, Spruille Braden. Es un hombre voluminoso, sanguíneo, frontal y estridente a quien Perón definirá como “un bisonte”. Y que se ha propuesto lograr un rápido reemplazo del gobierno militar por uno elegido democráticamente. Derribar a Perón ocupa el primer lugar en su estrategia.

Los grandes diarios, la banca, el comercio y los políticos están contra el gobierno. Farrell, arrinconado, anuncia que convocará a elecciones antes de fin de año. Pero la oposición exige que se abrevien los plazos y que, mientras tanto, el gobierno pase a la Suprema Corte de Justicia. Se conforma la *Junta de Exhortación Democrática* que organiza una *Marcha de la Libertad y la*

Constitución. Reunió una multitud impresionante y, tomados del brazo, desfilaron representantes de todos los partidos políticos, incluidos los comunistas y excluidos los conservadores. Ondeán banderas argentinas, británicas, de los Estados Unidos, francesas y de la Unión Soviética. Braden se incorporó a la columna entre aclamaciones.

Ante tal demostración de fuerza, Campo de Mayo prácticamente se subleva y, encabezado por Ávalos, exige que la convocatoria a elecciones sea inmediata y que Perón renuncie a todos sus cargos, cosa que ocurre.

La expulsión de Perón es recibida con júbilo. Los *vivas* a la democracia y el grito de *¡ya se fue!* inundan las calles. Plaza San Martín pasa a ser lugar de cita para quienes, no contentos con la caída de Perón, reclaman ahora que sea encarcelado y el gobierno transferido a la Corte. Una muchedumbre elegante se agolpa frente al Círculo Militar y reitera esos reclamos, junto con denuestos dirigidos al Ejército. Algunos oficiales son insultados y agredidos. La policía interviene, hay tiros y dos muertos.

En la madrugada del 13 de octubre Perón es conducido preso a la Isla Martín García.

Pero la oposición se ha excedido en sus reclamos, suscitando la reacción de parte del Ejército, que no está dispuesto a ser corrido a escobazos. Una creciente inquietud empieza a recorrer los cuarteles y los sindicatos, reedición de aquella *alianza entre las charreteras y el chiripá* de la que hemos hablado en otro capítulo de esta obra. El nombre de Perón, que estaba derrotado y sólo pensaba en casarse con Eva y retirarse para trabajar en algún campo de la Patagonia, se repite entre susurros y, pronto, a voz en cuello.

La tarde del 16 de octubre, el diario *La Época*, único con que contaba el peronismo, reclama la libertad de Perón con un gran titular de primera plana. Ello confirma la realidad de su detención y aquella inquietud creciente se concreta en una consigna tácita: hay que dirigirse a Plaza de Mayo, para concentrarse y obtener la liberación del preso. Aparentemente nadie ha dado la voz de orden. Pero ésta pasa de boca en boca, de casa en casa, de taller en taller, de cuartel en cuartel, de fábrica en fábrica.

Al caer la noche, los primeros grupos empiezan a moverse. Se han formado espontáneamente y engrosan mientras avanzan por calles de tierra en Berisso, Ensenada, Boulogne, San Martín, Lanús o Avellaneda. Algunos confluyen en avenidas importantes y llevan al frente banderas argentinas.

Los que llegan desde el sur encuentran levantados los puentes que permiten cruzar el Riachuelo. Pues el jefe de policía, Emilio Ramírez, al conocer la aproximación de aquellos contingentes, ha dispuesto la medida para impedirles entrar en la ciudad. De poco sirve el recurso pues la gente pasa como sea, en botes y lanchones, mientras algunos vigilantes miran para otro lado. Pronto, manos anónimas se encargan de bajar los puentes para dar curso a la marea humana.

No todo es espontaneidad sin embargo ya que, según afirman, los coroneles Domingo A. Mercante y Filomeno Velazco, unidos al dirigente sindical del gremio de la carne, Cipriano Reyes, se habrían encargado de impulsar la marcha y canalizar aquella marea. Aunque algunos dicen lo contrario, parece que Evita resultó ajena a la movilización del 17 de octubre.

Hacia el mediodía, las columnas van alcanzando la Plaza de Mayo. La ciudad observa con asombro a sus inesperados visitantes, que viven a Perón, entonan estribillos futboleros adaptados al caso, agitan banderas nacionales, saltan y bailan con ritmo de murga. El ánimo de los manifestantes es festivo y no se registran desmanes. Cansados, muchos de ellos meten sus pies descalzos en las fuentes de la plaza y algún fotógrafo registra la escena.

Seguramente, si dicha plaza tuviera memoria, no dejaría de recordar a los *orilleros* que se reunieron allí en 1811, ni a los *restauradores* que lo hicieron en 1833, antes de acampar en Barracas.

Las actividades del país se han paralizado, como en 1811 y en 1833. Los trenes no corren, los colectivos tampoco, las industrias y los negocios cierran sus puertas. Al atardecer, la plaza está colmada. Y sigue llegando gente de lejos, en variados medios de transporte. Detrás de los visillos de la Casa Rosada, Farrell observa y, frotándose las manos, dice: *Esto se está poniendo lindo*.

Perón, que ha aducido hallarse enfermo, es trasladado de Martín García al Hospital Militar. Ávalos, ministro de Guerra a la sazón, está perplejo. Emilio Ramírez ha abandonado la jefatura de policía, que Velazco recupera de hecho. El coronel peronista Carlos Mujica recobra el mando del 3 de Infantería.

Por fin Ávalos, acompañado por Mercante, se entrevista con Perón en el Hospital Militar. Luego comunica a Campo de Mayo que Perón hablará al pueblo desde la Casa de Gobierno. Y, por altoparlantes, se informa a la multitud que éste hará uso de la palabra a las 11 de la noche. La expectativa es enorme y el entusiasmo sube de tono.

Pasadas las 10, Farrell y Perón entran por una puerta trasera de la Casa Rosada. A las 11 en punto ambos aparecen en el balcón y estalla una aclamación ensordecedora. El grito de ¡Perón! ¡Perón! inunda el lugar y rebota en los edificios aledaños. Por iniciativa de un locutor se canta el Himno Nacional.

Perón improvisa un discurso de circunstancias, con voz enronquecida e interrumpido mil veces por los vítores de la concurrencia. Termina pidiendo que la desconcentración sea ordenada y que, cumplido el cese de actividades dispuesto para el día siguiente, se retome el trabajo. La referencia al asueto da origen a una frase ingeniosa, que el público corea: *¡Mañana San Perón!* A partir de entonces, el feriado que se concedería el 18 de octubre quedó bajo tal advocación.

El singular fenómeno popular que fue el 17 de octubre tuerce el rumbo de las cosas. El gobierno se reestructura en una línea afín a Perón y se convoca a elecciones generales, que tendrán lugar el 24 de febrero de 1946.

Perón cuenta ahora con apoyo oficial pero carece de una estructura política para sostener su candidatura. La cual le es brindada por Cipriano Reyes, que ha formado el *Partido Laborista*.

Como la situación económica empeora y los precios aumentan, el peronismo anuncia:

*Sube la papa, sube el carbón
y el veinticuatro sube Perón.*

Hace circular asimismo un volante, para componer el cual utiliza las iniciales de los partidos aliados en la *Unión Democrática*, que enfrentará al coronel:

Por Consecuencia (PC, Partido Comunista)

Presidente Será (PS, Partido Socialista)

Un Coronel Retirado (UCR, Unión Cívica Radical)

Domingo Perón (DP, Demócratas Progresistas)

Un Descamisado (UD, Unión Democrática)

Descamisados, en efecto, se los llamaba a los peronistas, en tiempos en que nadie salía sin saco. Denominación aceptada por Perón, que se solía dirigir a los suyos en mangas de camisa.

Con indudable habilidad dialéctica, el peronismo centró su campaña electoral en una alternativa de hierro: *Braden o Perón*. Opción que inundó el país, pintada en zócalos, tapias y paredes.

Hortensio J. Quijano, un radical disidente, acompañó a Perón como candidato a vicepresidente. La fórmula de la *Unión Democrática* fue conformada por José P. Tamborini y Enrique Mosca.

Los comicios fueron extremadamente limpios y, ante la sorpresa de muchos, Perón-Quijano se impusieron a Tamborini-Mosca por 1.478.372 votos contra 1.211.666

Comenzaba en el país una nueva época.

No es fácil formular un juicio tajante respecto al peronismo, de modo que evitaré hacerlo. Sin perjuicio de señalar que dicho juicio no puede obedecer a simplificaciones esquemáticas, pues se trata de un movimiento político complejo. Complejo y contradictorio. Tan contradictorio que, en algún momento, albergó en su seno a la *Triple A* y a *Montoneros*. Pero, absteniéndome de emitir opinión al respecto, sí puedo afirmar que el 17 de octubre de 1945 constituyó una *revolución nacional, popular y espontánea*, que se justifica mencionar a la par de la *Revolución de los Orilleros* y la *Revolución de las Restauradores*, poseedoras de características similares.

Esquina Chica, septiembre del 2014

ÍNDICE

Presentación acaso ociosa.....	Pág. 5
Dos líneas históricas.....	Pág. 7
La Revolución de los Orilleros.....	Pág. 11
La Revolución de los Restauradores.....	Pág. 21
La Revolución de los Descamisados.....	Pág. 27

